

## 1. INTRODUCCIÓN: VIDA Y LITERATURA O LITERATURA Y VIDA

El 4 de diciembre de 1489 la ciudad nazarí de Baza sucumbió a la presión que, fuera de sus murallas, ejercían desde hace algunos meses las mesnadas cristianas de Fernando e Isabel. La toma de esta plaza fue un episodio decisivo en el epílogo de la guerra de Granada, pues tras el desarme de la feroz fortaleza de Baza cayeron Almería y Guadix, mientras que El Zagal, «el alma de la resistencia más enconada» (Fernández Álvarez, 2014: 348), abandonó el sur de la península para refugiarse cruzando el estrecho, en el norte de África. Semanas después, en abril de 1490, Fernando el Católico dirigió sus tropas hacia la ciudad de Granada, asentándolas en sus cercanías. En el transcurso de una de aquellas jornadas primaverales, el rey armó caballero a su único hijo varón legítimo, el príncipe don Juan, que por entonces frisaba los 12 años. Así lo narró el cronista Hernando del Pulgar:

Y el Príncipe Don Juan fué al real, donde fué armado caballero junto á la azequia gorda: é fueron sus padrinos el Duque de Medinasidonia y el Márques de Cáliz; estando el Príncipe y el Rey su padre, que lo armó caballero, cavalgando. El Príncipe armado caballero, armó caballeros aquel día á fijos de Señores: el primero fué Don Fadrique Enríquez fijo del adelantado Don Pedro Enríquez, que fué después Marqués de Denia; é á otros. (1780: 370)

Una escena similar a la narrada por el cronista real puede hallarse en el *Amadís de Gaula* de Rodríguez de Montalvo. En el capítulo IV del libro I el Donzel del Mar, «que en esta sazón era de XII años» pero que «en su grandeza y miembros parecía bien de quinze» (2017: I 269) conoce al rey Perión. La admiración que el Donzel del Mar siente por el rey caballero, debido a «la gran bondad de armas que dél oyerá dezir», hace que él mismo desee «ser cavallero de su mano que de otro ninguno que en el mundo fuesse»

(2017: 1 274). Conocedores de su anhelo, Oriana, Mabilia y Gandalín interviene para que el rey Perión arme caballero al Donzel del Mar, algo que finalmente ocurre en la capilla del palacio. Capítulos más adelante se produce el reconocimiento o la anagnórisis: el rey Perión de Gaula descubre que el Donzel del Mar es, en realidad, Amadís, su hijo, fruto de sus furtivos amores con la reina Elisena y que, por lo tanto, sin saberlo, ha armado caballero a su propio primogénito.

Vistas en paralelo, las investiduras caballerescas de Amadís de Gaula y del príncipe don Juan de Aragón ponen de manifiesto los intensos contactos que, a finales del Medioevo, se produjeron entre la literatura, la ficción o la poesía, por un lado, y la historia, la realidad o la prosa, por el otro. La vida caballerisca de la corte de los Reyes Católicos, por los años de la guerra de Granada, no se alimentaba solamente de las heroicas hazañas que en las batallas y los asedios pudieran realizar, de forma individual o colectiva, los soldados cristianos; fundamental fue, sin duda, la larga tradición literaria caballerisca medieval. De hecho, tan solo un año antes de su investidura, en 1489, el príncipe Juan recibió como regalo un ejemplar del *Caballero Zifar* (González Arce, 2016: 417) y a su vez, sabemos que su madre, la reina Isabel, guardaba en su biblioteca copias manuscritas de la *Demanda del santo Grial*, el *Lanzarote* y el *Merlín*, según la información recogida en un inventario realizado en 1503 y analizado por Ruiz García (2004).

Así pues, lo que hace patente las semejanzas entre la investidura de los dos caballeros, el de papel y el de carne y hueso, es la existencia de un subterráneo proceso de mixtura entre la vida real o histórica y la vida representada en las obras literarias. En palabras de Martín de Riquer, se trata de un proceso de ósmosis cuyas manifestaciones son, incluso, reconocibles hoy en día. Según el catalán, los cronistas medievales se ocuparon de narrar «los hechos históricos que llevaron a término caballeros que luego fueron modelos vivos para novelistas», y en el sentido inverso, esos mismos caballeros estaban «intoxicados de literatura y actuaban de acuerdo con lo que habían leído en los libros de caballerías» (1967: 12). La vida alimentaba a la literatura, pero la literatura también alimentaba a la vida.

Esta particular simbiosis halla una singular expresión en el Medioevo caballeresco, tan real como imaginado. La caballería literaria, la representada en las letras, existía en tanto que, al mismo tiempo, existía su contraparte, la caballería real. La primera, como representación, jugó un rol esencial para la segunda durante los siglos medievales, pues fungió como un «referente teórico y práctico», es decir, como un «conjunto de normas de carácter ‘comportamental’», que ilustraba a los lectores sobre «los deberes o las partes del

caballero en la vida política y social, o en la vida diaria con el manejo de los instrumentos que dan cuerpo a su condición, a saber, las armas y el caballo» (Cátedra, 2007: 13). Ahora bien, si se analiza la Edad Media desde esta clave específica, es decir, desde el juego constante entre la caballería literaria y la caballería histórica, el gesto amadisesco del rey Católico es una anécdota bastante comprensible, y al mismo tiempo, el *Quijote* cervantino se eleva, aún más, como la elaboración estética máxima de la tensión entre historia y poesía, bella representación de lo que puede la vida en la literatura y la literatura en la vida.

En este punto cabe preguntarse por los oscuros orígenes donde se halla el primigenio vínculo entre la caballería histórica y la caballería literaria. Evidentemente, un estudio de esta naturaleza se enmarca en el problema más general de las relaciones entre ficción y realidad y las representaciones que hace la primera de la segunda. En su maravilloso estudio, *Mímesis*, Erich Auerbach trazó un panorama general episódico desde los poemas homéricos hasta Virginia Woolf, buscando localizar los distintos cauces por los que los autores discurrieron a la hora de representar artificiosamente la realidad. En el desarrollo de su investigación, Auerbach introdujo dos conceptos fundamentales para el análisis del problema, a saber: interpretación e imitación. Conceptos que, además, como él mismo postula, no se mantienen incólumes frente al paso del tiempo y es por eso por lo que en su libro procura «la observación de los cambiantes modos de interpretación de los sucesos humanos en las literaturas europeas» (2014: 522).

Esta constante transformación de la actitud hacia la realidad y de los modos que, según los tiempos y las épocas, inventan los hombres y las mujeres para representarla literariamente, no escapa a la caballería. Naturalmente, a lo largo del Medioevo, se produjeron en el seno de la caballería –real y literaria– algunas metamorfosis, motivadas a su vez por los cambios sociales, políticos y culturales que atravesaban las sociedades. Sin embargo, más allá de las divergencias y variaciones que se fueron acumulando con los años, permanecieron también durante el período medieval algunos elementos fundamentales, pilares absolutos del concepto de caballería. La supervivencia de estos y su resistencia a los embates de los años se facilitó porque, como recuerda Maurice Keen, la caballería era antes que nada una forma de vida, «un *ethos* en el que los elementos guerreros, aristocráticos y cristianos están fundidos» y que se expresaban de acuerdo a características bien definidas:

El aspecto aristocrático no es solo cuestión de nacimiento, sino que está conectado con las ideas de la función de la caballería y con una escala de virtudes que

implican que la aristocracia es tanto una cuestión de valor como de linaje. El aspecto cristiano está sorprendentemente representado libre de prejuicios y de prioridades eclesiásticas. La caballería, tal y como está descrita en los tratados, es un modo de vida en el que podemos distinguir tres aspectos esenciales: el militar, el de la nobleza y el religioso; pero un modo de vida es algo tan complejo como un organismo vivo (2008: 32).

En el caso de la península ibérica, el origen y la configuración del *ethos* caballeresco es tan particular como la experiencia histórica de los reinos cristianos en cuyo seno surgió. Los primeros tanteos de la institución de la caballería en Castilla pueden rastrearse a finales del siglo x, recién alcanzada la independencia del condado, justo por los tiempos de Fernán González y sus sucesores: su hijo, García Fernández y su nieto, Sancho García. Estos condes, «urgidos a la guerra para mantener sus planteamientos independentistas y defender de los árabes sus fronteras», no tuvieron más remedio «que apoyarse en los propietarios libres de Castilla y permitir incluso el ascenso social de una pequeña nobleza de caballeros villanos» (Viña Liste, 2001: 19). Después del año 1000, esta incipiente casta caballeresca introdujo innovaciones en su equipamiento: la aparición sistemática de escudos, yelmos y lorigas mejoró la seguridad en combate al tiempo que transformó los modos de hacer la guerra. Fueron los primeros pasos de la caballería pesada medieval castellana.

Por otra parte, cabe anotar que las consecuencias de estas innovaciones de cuño militar también se hicieron sentir en otros ámbitos de la caballería: la incipiente institución terminó de aristocratizarse, pues no todos los campesinos o villanos que hasta entonces habían podido acceder a la caballería ligera (que se hacía sin el equipo antes mencionado) pudieron sufragar con sus escasos medios los nuevos accesorios. Comenzó entonces a operar «la discriminación entre peones y caballeros en virtud de su distinta capacidad económica» (Viña Liste, 2001: 20). A lo largo de los siglos siguientes, la caballería castellana continuó introduciendo nuevas mejoras en el equipamiento conforme las guerras contra los reinos musulmanes del sur los dotaban de experiencia. Asimismo, no son desdeñables tampoco las importaciones traídas desde los reinos y territorios vecinos, a medida que estos evidenciaban adelantos técnicos que mostraban ser eficaces en el campo de batalla.

Pero la configuración de la institución caballeresca castellana no reposó únicamente sobre los ámbitos aristocrático o militar. Recuérdese que, como bien señaló Keen, el papel de la fe cristiana fue fundamental, al punto que, según el autor británico, la misma constituye el tercer elemento sobre el que

se configura en la Edad Media el *ethos* caballeresco. Castilla no fue la excepción. La presencia de un enemigo devoto de otra religión en tierras próximas facilitó la consolidación del factor ideológico-cristiano. Este aspecto se fortaleció a lo largo del siglo XII, «cuando surgió el espíritu de Cruzada y el ideal de Reconquista como reacción a la contraofensiva musulmana de almorávides y almohades» (Viña Liste, 2001: 20). En este sentido, también debe apuntarse la creación de diversas órdenes militares caballerescas, «una especie de comunidades o hermandades de caballeros-monjes» y entre las que destacan, para el caso castellano, las de Calatrava, Alcántara, Santiago y Montesa (Viña Liste, 2001: 21).

La monarquía, por su parte, desempeñó un papel esencial en la estructuración y el fomento de la caballería. Decisivos fueron los reinados de Alfonso VIII (1158-1214) y Alfonso X (1252-1284), siendo de singular importancia el de este último, pues fue el llamado rey sabio quien mediante el título XXI de la *Partida* segunda vincula definitivamente la caballería «a la nobleza, al tiempo que regula una orden cuyos miembros se obligan a mantener unos ritos y unos códigos éticos, políticos, económicos, culturales», los cuales se hallaban «unidos a unos modos de vida cimentados en la solidaridad entre sus miembros y supeditados a la monarquía» (Cacho Blecua y Lacarra, 2012: 509). La caballería castellana, que resultó de este proceso de configuración, se puso a prueba en numerosas ocasiones a lo largo de los siglos medievales: Las Navas de Tolosa (1212), Salado (1340), Aljubarrota (1385) o la guerra de Granada (1482-1492) son algunos de los episodios bélicos en los que la participación castellana se recuerda con mayor vehemencia.

Pero a la par que los caballeros históricos desenvainaban sus espadas en justas y pasos, en batallas y torneos, otros caballeros, los literarios, libraban sus propias luchas por abrirse espacio entre la prosa, entonces considerada un modo de escritura elevado y grave, que se reservaba para temas serios como la historia. Son estas circunstancias las que provocan que la prosa literaria caballeresca aparezca en dos fases: sus orígenes, vinculados a la importación, y su desarrollo, cuando florece la producción autóctona. Aparentemente, fue a finales del siglo XII cuando la materia artúrica, entonces de reciente creación y consolidación en algunas cultas cortes nobiliarias francesas, llegó a territorio peninsular. Gómez Redondo rastrea las posibles primeras importaciones de los textos caballerescos artúricos alrededor de 1170, año en que se celebran los esponsales entre el rey Alfonso VIII de Castilla y la princesa Leonor de Inglaterra, hija del rey Enrique II de Inglaterra y la duquesa Leonor de Aquitania.

Sin embargo, la llegada de la corte de la princesa inglesa a Castilla no sería el único hito por el que pueda deducirse la penetración de la materia artúrica

en los reinos peninsulares por aquellas fechas. Ante la escasez y pérdida de fuentes directas (conservación de manuscritos de obras fundamentales como la *Historia* de Monmouth), Gómez Redondo acude a las indirectas y recuerda que a finales de la misma centuria pueden datarse las «primeras menciones de los trovadores catalanes a este conjunto de historias» (1999: 1460). Así pues, con gran certeza, es probable que los cortesanos que vivieron el paso del siglo XII al XIII hayan sido las primeras generaciones hispánicas que se familiarizaron con los caballeros del mundo artúrico y sus hazañas. No obstante, habrá que esperar aún más, al menos hasta inicios del siglo XIV, para que inicien las primeras redacciones prosísticas ficcionales autóctonas.

El salto entre la lectura de las obras que luego conformarán lo que se conoce con los rótulos de *Vulgata* y *Post-Vulgata* y el origen de la caballería literaria autóctona en Castilla no se dio de forma inmediata por cuestiones históricas y culturales. Entre finales del siglo XII y comienzos del siglo XIV Castilla vivió dos reinados de singular importancia: el de Fernando III, el Santo, y el de su hijo, Alfonso X, el Sabio. Aquel largo siglo XIII, sin embargo, no terminó con el reinado del sabio sino con el de su hijo, el rey Sancho IV, que se había enfrentado a su padre en vida al punto de llevarlo a la muerte solo, abandonado y sin grandes apoyos en la ciudad del Guadalquivir en 1284. Pero, independientemente de las rivalidades, Sancho procuró dar continuidad a algunos de los proyectos culturales que había impulsado su padre, aunque con un cariz ideológico distinto, nacido de la necesidad de dar legitimidad a su gobierno y de la compañía e influencia de su esposa, la reina María de Molina.

De hecho, es durante el reinado de Sancho cuando nacen en Castilla las primeras manifestaciones literarias caballerescas autóctonas. Las condiciones para tal producción ya estaban dadas y no eran las mismas que existían a finales del siglo XII, cuando Alfonso VIII y Leonor gobernaban el reino. Según Gómez Redondo, fue necesaria al menos una centuria «para que la materia artúrica se asimile a la ideología de los grupos dominantes de las cortes peninsulares». Así pues, no era suficiente la lectura de las obras literarias francesas de carácter caballeresco sino también la articulación, en el interior de la aristocracia castellana, de «unas mínimas formas de convivencia» y de un alto «grado de desarrollo educativo y social», aspectos que, a la larga, permitieron «la asimilación del complejo entramado de ideas que sostienen tales ficciones, trasunto de realidades, que no solo se quieren verosímiles, sino también verdaderas, o sea, de segura aplicación» (1999: 1459-1460).

De esta manera, no es extraño que a inicios del siglo XIV surjan en el seno de la corte de Castilla y de sus espacios satélites culturales, narraciones de

matiz caballeresco como el *Caballero Zifar*, o ya resueltamente de índole caballeresca, como la versión primitiva del *Amadís*, así como tratados caballerescos, literarios y doctrinales, como el *Libro del caballero y el escudero* del infante don Juan Manuel. Naturalmente, la aparición de la caballería literaria autóctona no significó la desaparición de la lectura de obras extranjeras pues, como bien recuerdan Cacho Blecua y Lacarra, «prosiguen difundándose traducciones artúricas, *Merlín*, el *Tristán*, o relatos como el *Enrique fi de Oliva* y otras obras de tenor similar» (2012: 509). Sin embargo, a pesar del respaldo con el que contaban este tipo de obras (gracias a sus lectores), las mismas no se salvaron de las críticas y los menosprecios, dirigidas principalmente desde el ámbito de la prosa histórica, que veía cómo la prosa ficcional le arrebatava su patrimonio: el dominio sobre el relato de los acontecimientos que se pretendían verdaderos.

La refundición que de una versión del *Amadís* medieval realizó el regidor de Medina del Campo, Garci Rodríguez de Montalvo, a finales del siglo xv y que probablemente se llevó a la imprenta por primera vez en Sevilla en 1496 (aunque la versión más antigua que se conserve hoy sea la realizada por Jorge Coci en sus prensas de Zaragoza en 1508), no apaciguó el debate entre historia y literatura, sino que lo avivó, a pesar de los sinceros intentos del refundidor por esclarecer las distinciones entre ambos géneros prosísticos, estableciendo una jerarquía entre los distintos tipos de escritos de entonces que puede leerse en su prólogo. Sumado a lo anterior, no hay que olvidar que el éxito que cosechó el *Amadís* de Montalvo entre los lectores de inicios del siglo xvi fomentó el nacimiento y la consolidación de los libros de caballerías como género: a lo largo del Quinientos se escribieron, al menos, 75 títulos distintos cuyo punto de partida era este *Amadís* refundido, lo que no quiere dar a entender que «todos ellos son una misma cosa» como pensaba cierto canónigo cervantino (2015: 489).

Teniendo en cuenta estas problemáticas, las presentes líneas no tienen otra pretensión que la de analizar la tensión entre historia y literatura (o realidad y ficción) que subyace en la narrativa de *Adramón*, libro de caballerías manuscrito cuya incierta datación oscila entre finales del siglo xv y comienzos del siglo xvi. Se trata de una obra literaria cuyo único testimonio se conserva en los fondos de la Biblioteca Nacional de Francia en París y que, en su trama, devela algunas preocupaciones y vaivenes políticos de la convulsa Italia de finales del *Quattrocento*. El libro cuenta con una única edición moderna que preparó en 1992 Gunnar Anderson y que fue publicada en Newark, Estados Unidos. Ha sido esta edición la base para el análisis del libro de caballerías, aunque allí, en los episodios donde ha sido posible, se ha procedido al cotejo

entre la edición norteamericana y el código manuscrito, cuya digitalización puede consultarse abiertamente en *Gallica*, colección virtual de la Biblioteca Nacional de Francia.

Para la realización del análisis se parte, en primer lugar, de un balance bibliográfico general que da cuenta de las distintas aproximaciones que los investigadores han realizado para poner de manifiesto la conflictiva relación entre historia y ficción en los libros de caballerías españoles. En segundo lugar, se presenta un estudio sobre los debates en torno a la cuestión genérica de la obra objeto de estudio. Dicha aproximación sobre el género devela cómo opera en este manuscrito anónimo el debate entre libros de caballerías y crónicas históricas, o lo que es lo mismo, la disputa entre la prosa histórica y la prosa ficcional por el trasvase entre una y otra de lo que se debía narrar y los mecanismos empleados para hacerlo.

En tercer lugar, se brinda a los lectores otra perspectiva del conflicto entre historia y literatura en *Adramón*, situando el foco ya no en los modos escriturales o en la forma sino en el contenido. Se ofrece, entonces, una presentación sobre el uso de la verosimilitud en la configuración del cronotopo caballescico. Se señalan con especial atención los lugares reales en los que transcurren las correrías y aventuras de Adramón, su uso y su posible significado dentro de la narración. Posteriormente y con este mismo interés se realiza un breve análisis de la presencia en la narración de cuatro importantes familias italianas del Renacimiento. De esta manera, tanto el examen del tiempo y el espacio como de los personajes viene a ilustrar los intensos contactos entre caballería real y caballería literaria, entre vida y literatura, en el mundo español e italiano a finales del siglo xv. El análisis culmina con las conclusiones, en las que se recogen algunos de los planteamientos más importantes, como también se postulan algunas cuestiones que pueden inducir a nuevas investigaciones sobre *Adramón* en particular y sobre la historia de la cultura española e italiana en los siglos xv y xvi en general. El listado de las obras citadas y referenciadas a lo largo de este documento, que viene justo después de las conclusiones, clausura al mismo.

Ahora bien, antes de entrar en materia, es conveniente aclarar algunos conceptos sobre los cuales se dispone el análisis de *Adramón*. Hasta aquí se ha puesto de manifiesto cómo en los siglos medievales la caballería real y la caballería literaria se alimentaron mutuamente al punto que, aunque eran dos fenómenos diferenciados, terminaron por volverse interdependientes. También se ha señalado cómo esta relación simbiótica se volvió problemática en el ámbito de la escritura: mientras que la caballería real había encontrado su cauce natural de representación en las crónicas históricas, la caballería literaria